EL LIBRO DE HECHOS

Lección 11, Capítulo 4

En nuestra lección anterior de Hechos dedicamos una buena parte del tiempo a crear una especie de diagrama para comprender quiénes eran los distintos personajes de nuestra historia, qué significaban sus títulos y cargos, y cuáles eran las condiciones sociales y religiosas generales de los judíos que vivían en la Tierra Santa. Hablé de gobernantes, sumos sacerdotes, ancianos, la guardia del Templo, escribas y otras ocupaciones. Aprendimos algunas de las creencias fundamentales y diferencias entre los tres principales grupos sociales y religiosos de la época, llamados saduceos, fariseos y esenios; especialmente en lo relacionado con la resurrección de los muertos, que aparentemente era un tema controvertido en aquel tiempo. En pocas palabras, los saduceos no creían en la resurrección de los muertos ni en ninguna clase de vida después de la muerte. El alma dejaba de existir en el mismo momento en que moría el cuerpo. Por eso, lo que Pedro y Juan enseñaban en el Templo acerca de la resurrección, y afirmaban que había ocurrido con su Maestro Yeshúa, quien había partido de este mundo, resultaba inmediatamente problemático y contradecía directamente lo que el sumo sacerdote aceptaba como verdad.

Los fariseos sí creían en la resurrección de los muertos, pero entendían que, aunque el alma era inmortal y eterna, cuando el cuerpo moría, el alma de la persona justa fallecida pasaba, en algún momento —más pronto o más tarde—, a otro cuerpo. En cambio, las almas de los malvados quedaban sujetas a tormento por la eternidad. El grupo de los esenios también creía en la resurrección de los muertos, en el sentido de que el alma continuaba viviendo, pero no necesariamente en que el cuerpo volviera a la vida ni en que el alma inmortal fuera colocada en un cuerpo nuevo y mejor. Por tanto, el futuro del alma consistía en seguir viviendo, pero sin cuerpo.

Por supuesto, existían muchas otras diferencias entre los tres grupos, además de la cuestión de la resurrección de los muertos. Algo muy útil que debemos saber al estudiar el Nuevo Testamento es lo siguiente: los saduceos estaban asociados y vinculados con la institución del Templo y su sacerdocio. De hecho, en aquel tiempo, los sumos sacerdotes y los principales sacerdotes eran todos saduceos. Los fariseos, por otra parte, estaban asociados y vinculados con el sistema de las sinagogas. Como señalé la semana pasada, fueron los fariseos quienes crearon el concepto

de la Torá oral, es decir, la afirmación de que existían leyes no escritas transmitidas desde Moisés. En su mayoría, los fariseos también fueron los creadores de las Tradiciones que, en muchos sentidos, distorsionaban considerablemente el significado de las leyes escritas de Moisés para hacerlas reflejar sus propias opiniones y creencias. Recordemos que Yeshúa criticó a los fariseos por crear e imponer Tradiciones que, en ocasiones, contradecían las Sagradas Escrituras, según su criterio.

CJB Mateo 15:1 Entonces algunos fariseos y maestros de la Torá de Yerushalayim se acercaron a Yeshúa y le preguntaron: 2 «¿Por qué tus talmidim quebrantan la Tradición de los Ancianos? ¡No se lavan las manos ritualmente antes de comer!». 3 Él respondió: «Y ustedes, ¿por qué quebrantan el mandamiento de Dios por causa de su tradición?».

En general, los saduceos coincidían con Jesús en este asunto de la Tradición y se negaban a aceptar la validez de cualquier cosa que no fueran las leyes escritas históricas de Moisés, tal como aparecen registradas en la Torá. Es decir, rechazaban la Tradición o, como la llamaba Yeshúa, las Tradiciones de los Ancianos. ¿Por qué? Para los saduceos, se debía principalmente a que sus rivales, los fariseos, y el sistema de las sinagogas habían creado la Torá oral y las Tradiciones; por eso, no estaban dispuestos a adoptarlas.

Así pues, dado que la sinagoga y el Templo eran, en efecto, sistemas rivales, cada uno con su propia estructura de autoridad, los saduceos y los fariseos también eran rivales. Los esenios no querían tener nada que ver ni con la sinagoga ni con el Templo, porque consideraban que el sacerdocio del Templo estaba completamente corrompido y que los fariseos estaban equivocados en su teología. No mucho después, apenas una generación después de Pedro, los romanos destruirían Jerusalén y el Templo, lo que significaría que los sacerdotes se quedarían sin trabajo. De la noche a la mañana, los saduceos se convirtieron en una reliquia, pues perdieron la base de su poder y autoridad: el Templo y el sacerdocio. Los fariseos se convirtieron en rabinos, ya que el sistema de las sinagogas continuó existiendo; con el tiempo, la Tradición y la Torá oral se pusieron por escrito en una obra autoritativa llamada la Mishná. Esta, a su vez, se convirtió en el documento fuente de la Halakah , la ley rabínica que se esperaba que todos los judíos observaran. Los rabinos pasaron a dirigir el judaísmo sin oposición ni competencia (salvo entre ellos mismos), y así continúa hasta el día de hoy.

Entre las demás instituciones sociales y gubernamentales de los judíos que analizamos estaba el Sanedrín, la Corte Suprema judía. Fue ante este organismo que llevaron a Pedro y Juan para examinar su caso. Por razón de su cargo, el sumo sacerdote también era el presidente del Sanedrín. Por eso vemos que, aunque algunos fariseos formaban parte del Sanedrín, los saduceos —comenzando por el sumo sacerdote— controlaban realmente el tribunal y, en consecuencia, más o menos dictaban los resultados. El Sanedrín no era una institución judicial ordenada por la Biblia; sin embargo, se modeló según el sistema que Moisés utilizó durante el éxodo (al menos en cuanto a que había setenta ancianos que ayudaban a gobernar, más un líder, para un total de setenta y un individuos) y su función era juzgar a Israel. De hecho, parece que la institución del Sanedrín no existió sino hasta después de la rebelión macabea de la década de 160 a. C. Su existencia terminó en el año 70 d. C., cuando los romanos destruyeron Jerusalén. Con el tiempo volvería a surgir, pero como una institución de naturaleza totalmente diferente. El Sanedrín se transformó en una institución de rabinos principales que se reunían para determinar el nuevo y creciente cuerpo de leyes judías, conocido también como Tradición y Halakah.

Por último, hablamos de que, aunque en Hechos 4:6 se llama sumo sacerdote a un hombre llamado Anás, en realidad él no era el sumo sacerdote que ocupaba el cargo en ese momento; ese puesto lo tenía su yerno Caifás. Esto se debe sencillamente a que, durante aquella época, el cargo de sumo sacerdote ya no era vitalicio ni hereditario, sino que Roma lo otorgaba a cambio de sobornos y comisiones. Anás había sido sumo sacerdote y también era el patriarca de la familia del sumo sacerdote en funciones. A todos los exsumos sacerdotes que aún vivían se les permitía conservar el título honorífico de sumo sacerdote.

Volvamos a leer una parte de Hechos 4.

VOLVER A LEER HECHOS 4:5 hasta el final

Así que Pedro y Juan pasaron la noche en la cárcel y luego comparecieron ante el Sanedrín. La pregunta que les hicieron a los dos discípulos fue: «¿Con qué poder o en nombre de quién hicieron esto?». Observemos que el tribunal no cuestionó en absoluto lo sucedido: aquel hombre lisiado realmente había sido sanado. Fue un milagro, pero ¿por el poder de quién y en nombre de quién se había realizado? Por tanto, el resultado no era el problema; lo que les importaba a los saduceos era la teología. Para los judíos, sanar a una persona era, por naturaleza, algo que superaba el poder natural de un ser humano. Así que el Sanedrín quería saber si

aquella sanidad podía haber sido producto de la hechicería o incluso de la blasfemia, es decir, si se había realizado en nombre de un dios falso. Recordemos que acusaron a Yeshúa de realizar milagros por el poder de Beelzebú, el diablo.

Pero Pedro, por el poder del Espíritu Santo, tenía una respuesta para ellos. Cuando se nos dice que Pedro estaba «lleno de la Ruach HaKodesh», no significa que en ese preciso momento el Espíritu Santo viniera a morar en él ni que recibiera más Espíritu Santo del que había recibido unos días antes, en Pentecostés. Esta no será la única ocasión en que veremos a un discípulo pronunciar un discurso y se nos diga que estaba «lleno del Espíritu Santo». Esto solo significa que aquel creyente recibió una inspiración divina especial para lo que estaba a punto de decir o hacer. Estoy seguro de que Pedro recordó y encontró consuelo en estas palabras de su Maestro, y por eso esperaba plenamente ser «lleno del Espíritu Santo» en el momento oportuno:

Mateo10:18-20CJB
18 Por mi causa los llevarán ante gobernadores y reyes, para que den testimonio ante ellos y ante los gentiles.
19 Pero cuando los lleven a juicio, no se preocupen por qué decir ni por cómo decirlo; cuando llegue el momento, se les dará lo que deben decir.
20 Porque no serán ustedes quienes hablen, sino el Espíritu de su Padre celestial que hablará por medio de ustedes.

Quiero comentar por un momento la declaración de Jesús. Yeshúa no está diciendo que sus discípulos, los doce originales (ni nosotros), deban descuidar la preparación cuando se les presente la oportunidad de hablar de la Palabra de Dios o de dar testimonio de las Buenas Noticias acerca de Él. No está diciendo que deban «improvisar». Los doce discípulos, a quienes les hablaba, estaban con Yeshúa día y noche y recibían constantemente enseñanza sobre las Sagradas Escrituras de la boca del propio Dios. Durante un período de hasta tres años, estuvieron en un entorno de enseñanza tan intenso que apenas logramos imaginarlo. Como vemos aquí en Hechos y en todo el Nuevo Testamento, estos hombres, que no tenían estudios superiores especiales (entre los judíos, la educación superior era exclusivamente religiosa), podían citar las Escrituras de manera admirable y en el contexto correcto. No eran simplemente buenos memorizando, capaces de recitar pasajes bíblicos como un loro que imita palabras sin conocer su contenido. Los discípulos tenían, más bien, la capacidad de discernir lo suficiente como para comprender cómo aplicar correctamente los pasajes adecuados a las circunstancias apropiadas.

Los discípulos no tenían el privilegio de llevar Biblias consigo ni de consultarlas, como nosotros. Yeshúa no tenía un Tanaj ni rollos de las Escrituras para enseñar a sus estudiantes (salvo, quizá, en algunas ocasiones en una sinagoga). Para recordar y recuperar aquellas palabras divinas cuando se les pidiera, hacían falta memoria y práctica… mucho tiempo y esfuerzo. Durante muchos años les he enseñado que, después de recibir la salvación, el siguiente paso debe ser sumergirse en agua, es decir, bautizarse. Pero inmediatamente después viene la inmersión en la Palabra de Dios. De lo contrario, solo sabremos lo que otros nos digan, y a menudo eso se reduce a frases breves y pegadizas o doctrinas que quizá sean ciertas (y otras veces no), pero que carecen de una base sólida para comprender lo que hemos oído o cómo aplicarlo a nuestra vida. A estos doce discípulos se les acusaba con frecuencia de ser simples "am ha'aretz" (expresión que literalmente significa «pueblo de la tierra», pero que en los días de Cristo se utilizaba despectivamente para referirse a personas de poca inteligencia o sin educación sistemática). Sin embargo, estos hombres comunes podían desconcertar y responder con inteligencia a reyes e incluso a maestros de la Torá en las circunstancias más estresantes. Esto se debía a que: a) conocían la Palabra de Dios y b) tenían al Espíritu Santo para guiarlos.

He oído hablar de muchos de ustedes que han dejado desconcertados y asombrados a pastores, rabinos, amigos y familiares con sus respuestas a preguntas o comentarios sobre su fe o sobre doctrinas bíblicas. Algunos me han contado que, mientras responden, ¡ni siquiera pueden creer lo que está saliendo de su propia boca! Lo que sorprende a quienes los escuchan es que la mayoría nunca asistió a un seminario ni a un instituto bíblico. Pero han estudiado diligentemente la Palabra de Dios, con la Ruaj HaKodesh como maestro, y por eso conocen la verdad sin filtros. No existe una educación superior a esa; así que nunca piensen que no están capacitados para cuestionar a las autoridades religiosas cuando están equivocadas.

Solo puedo imaginar las expresiones de asombro en los rostros de los miembros del Sanedrín cuando Pedro comenzó a hablar bajo inspiración divina. De inmediato cuestionó los motivos por los que lo interrogaban. Dijo: «Si hoy se nos examina por haber hecho una buena obra a una persona discapacitada…». En otras palabras, les estaba diciendo que, si su intención al llevarlos ante ellos era realmente comprender cómo había ocurrido aquella sanidad, él tenía una respuesta directa. Continuó diciendo que quería que ellos y todo Israel supieran que aquello se había

hecho en el nombre de Yeshúa HaMashíaj (Yeshúa de Nazaret, quien es el Mesías de Israel). Sabían exactamente de quién hablaba Pedro, y eso despertó sus peores temores. ¿Por qué? Porque esperaban que, unas semanas antes, después de haber conseguido que los romanos ejecutaran a Jesús, se hubiera eliminado otra amenaza a su poder y autoridad. Pero, en cambio, ahora parecía que habían creado un mártir. Los seguidores de aquel mártir eran valientes y no tenían miedo, y la enorme multitud que había escuchado y creído a Pedro la noche anterior era prueba suficiente de que el movimiento de Yeshúa seguía vivo, gozaba de buena salud y crecía, aunque su fundador estuviera muerto.

Pero, después de responder a la pregunta sobre el nombre y el poder por los que se había realizado la sanidad, Pedro no pudo dejar las cosas así. Continuó diciéndoles al sumo sacerdote y a los setenta funcionarios judíos más poderosos del país: «Ustedes ejecutaron a este Yeshúa en un madero como si fuera un criminal, pero Dios lo resucitó de entre los muertos y, como resultado del poder de este Yeshúa, el hombre lisiado está sano». ¡Vaya! El discurso de Pedro no fue precisamente diplomático; fue directo a la yugular. Pedro, que supuestamente debía defenderse desde el estrado de los testigos, pasó a la ofensiva y hasta le dijo al Sanedrín que lo que le habían hecho a Yeshúa evidentemente iba en contra de la voluntad de Dios, puesto que Él había revertido sus acciones.

Pedro ya tenía toda su atención y, por eso, predicó el evangelio de Cristo comenzando con el Salmo 118. El Salmo 118 era muy conocido por razones que comentaremos dentro de unos minutos, pero primero quiero señalar algo que, francamente, me encanta mencionar cada vez que tengo la oportunidad. El evangelio de la salvación fue dado a la humanidad en el Antiguo Testamento, no en el Nuevo. Yeshúa enseñó el evangelio a partir del Antiguo Testamento. Los discípulos enseñaron el evangelio a sus compatriotas judíos a partir del Antiguo Testamento. El apóstol Pablo enseñó el evangelio a los gentiles a partir del Antiguo Testamento. Todos los pasajes de las Escrituras que citaron los discípulos, los apóstoles y el propio Cristo procedían del Antiguo Testamento. Y esto se debe a que el Nuevo Testamento, como tal, no existiría sino hasta casi dos siglos después de la pasión de Cristo en la cruz. Por eso, cuando alguien cuestione la relevancia del Antiguo Testamento para los creyentes de hoy y afirme que la salvación pertenece al Nuevo Testamento y no al Antiguo, quizá convenga señalarle este hecho.

Por supuesto, de ninguna manera estoy menospreciando la segunda parte de nuestras Biblias, el Nuevo Testamento, ni reduciendo su valor irremplazable o su inspiración. Sin embargo, durante mucho tiempo ha existido un gran esfuerzo en nuestras instituciones cristianas —más que nunca en el siglo XXI— por separar el Antiguo Testamento del Nuevo, tratando al primero casi como un asunto aparte, si no como un libro independiente del segundo, y asignando cada testamento a grupos distintos: uno para los judíos y el otro para los gentiles cristianos. Aunque algunos de los primeros Padres de la Iglesia sostenían esta opinión, no era, ni mucho menos, una postura unánime. Considero que incluir los comentarios de los primeros Padres de la Iglesia en cualquier discusión del Nuevo Testamento resulta muy instructivo.

Esto es lo que dijo el Venerable Beda (también conocido como san Beda) a principios del siglo VIII d. C. sobre los dos testamentos (Antiguo y Nuevo) y los dos pueblos de la tierra (judíos y gentiles) en su relación mutua. Este fragmento procede de su "Comentario sobre los Hechos de los Apóstoles", donde habla específicamente de Hechos 4 y de la cita que Pedro hace del Salmo 118.

«Los constructores eran los judíos, mientras que todos los gentiles permanecían en el desierto de los ídolos. Solo los judíos leían diariamente la Ley y los Profetas para edificar al pueblo. Mientras construían, llegaron a la piedra angular, que une dos muros; es decir, encontraron en las Escrituras proféticas que Cristo, quien reuniría en sí mismo a dos pueblos, vendría en carne. Y como prefirieron permanecer en un solo muro, es decir, salvarse ellos solos, rechazaron la piedra, que no tenía una sola cara, sino dos. Sin embargo, aunque ellos no quisieron, Dios mismo colocó esta piedra en la posición principal de la esquina, para que de los dos Testamentos y de los dos pueblos surgiera una construcción de una misma fe».

Palabras muy sabias y profundas de Beda. El Salmo 118 forma parte del "Hallel", que comprende los Salmos 113 al 118. Es una parte fundamental de la liturgia judía de la sinagoga. El Salmo 118 comienza así:

CJB Salmo 118:1 Den gracias a ADONAI, porque él es bueno, porque su gracia permanece para siempre.
2 Que Israel diga ahora: «Su gracia permanece para siempre».
3 Que la casa de Aharón diga ahora: «Su gracia permanece para siempre».

4 Que los que temen a ADONAI digan ahora: «Su gracia permanece para siempre».

Pasemos al versículo 14:

14 Yah es mi fuerza y mi cántico, y él se ha convertido en mi salvación.

Y luego al versículo 22:

22 ¡La misma piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en la piedra angular!

Judíos y cristianos coinciden en que este es un salmo mesiánico. Encontramos el uso de «la Roca» o «la Piedra» como metáfora y referencia al Mesías. Yeshúa lo aplicó a sí mismo, como vemos en el libro de Marcos. Naturalmente, cuando lo hizo, quienes lo rodeaban entendieron claramente que estaba diciendo que él era la Roca y la piedra angular del Salmo 118.

Marcos 12:10-12 CJB

10 ¿No han leído este pasaje del Tanaj que dice: «¡La misma piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en la piedra angular!
11 Esto ha venido de ADONAI, ¡y a nuestros ojos es maravilloso!»?
12 Entonces intentaron arrestarlo, porque reconocieron que había contado la parábola refiriéndose a ellos. Pero tenían miedo de la multitud, así que lo dejaron y se fueron.

Por tanto, el uso que Pedro hace de «la piedra que rechazaron los constructores» (en referencia a Yeshúa) era preciso y provocador, porque, si hubiéramos leído los últimos versículos de Marcos 11, habríamos visto que Jesús pronunció estas palabras en los patios del Templo, territorio de los saduceos. Así que quienes estaban a punto de arrestar a Yeshúa por decir que él era la Roca y la piedra angular eran los saduceos. Ahora Pedro se encuentra ante esas mismas personas y utiliza este mismo versículo mesiánico en el mismo contexto, declarando que el mismo hombre, Yeshúa, es la piedra que los constructores rechazaron. Pero también acusa a los saduceos de ser los constructores que la rechazaron.

Luego viene el versículo 12, que, en mi opinión, es uno de los más poderosos no solo de Hechos, sino de todo el Nuevo Testamento: «¡No hay salvación en ningún otro! ¡Porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a la humanidad, por medio del cual podamos ser salvos!». Para millones de creyentes como yo, esta declaración es un principio fundamental e innegociable de nuestra fe. No entiendo cómo, en ningún

momento de la historia, un creyente pudo crear o adoptar la teología de los dos pactos (o pacto dual), según la cual los judíos se salvan por la Ley y los gentiles por medio de Cristo. Y créanme: muchos pastores, rabinos y maestros bíblicos conocidos, que aman a Israel y están a la vanguardia de la lucha contra el antisemitismo, han adoptado esta teología de los dos pactos, que sostiene que los judíos tienen un camino de salvación distinto del de los gentiles. Puede que nieguen esa etiqueta, pero al mismo tiempo enseñan que los judíos no necesitan aceptar a Yeshúa como su Salvador, porque la Ley de Moisés ya los ha redimido.

Sin embargo, ¿a quién se dirigía Pedro cuando pronunció estas palabras inmutables? Estaba en la sala del Sanedrín, en el Monte del Templo, hablando en una sesión privada EXCLUSIVAMENTE ante saduceos y fariseos: judíos. Ni un solo gentil escuchó aquellas palabras. La ironía es enorme: Pedro les dijo a los judíos que Yeshúa es el único nombre que salva, pero hoy muchos cristianos gentiles afirman que sus palabras NO se aplican a los judíos, sino solamente a los gentiles. ¡Vaya contradicción!

En Hechos 4:13, la primera reacción de los miembros del Sanedrín fue sorprenderse de que aquellos hombres, supuestamente sin educación, pudieran hablar con tanta seriedad y autoridad. Su acento y su vestimenta los delataban como simples galileos, y también recordaron que aquellos dos —Pedro y Juan— eran compañeros constantes de Yeshúa, quien también era galileo. Rabán Gamaliel II, algunos años después de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d. C., pronunció estas palabras que nos dan una idea de cómo los judíos instruidos veían a los judíos comunes: «Una persona inculta no teme a Dios; y tampoco es piadosa una persona ignorante un "am ha'aretz" …». Así que, aunque las palabras inesperadamente sabias e inspiradas de Pedro, un simple pescador, dejaron acorralados a los miembros del Sanedrín, estos siguieron sin respetarlo. Al mismo tiempo, con el hombre que antes había sido lisiado de pie junto a los discípulos, ¿qué podía hacer el Sanedrín?

En el versículo 16, durante una reunión privada, el Sanedrín admite que Pedro y Juan habían realizado una «señal notable», es decir, un milagro. No había nada ilegal en ello y, por tanto, no podían hacer nada al respecto. Es fascinante: los líderes del establecimiento religioso judío no muestran interés alguno en el hecho de que un hombre que había estado discapacitado permanentemente desde su nacimiento recuperara el uso completo de su cuerpo gracias a un milagro de Dios. Su única preocupación era cómo podría afectar aquello a su posición y autoridad personales. En el versículo 17 llegan incluso a intentar impedir que el asunto se difunda. ¡Imagínense! Los líderes de la religión judía están

tratando de descubrir cómo DETENER que más personas sean sanadas en el nombre de Yeshúa, porque ellos no lo autorizaron, no lo controlan y, por lo tanto, no reciben el mérito. Cualquier buen político puede comprender perfectamente su razonamiento.

Así que la única medida que podía tomar el Sanedrín era amenazar a los discípulos para que no volvieran a hacerlo, insinuando consecuencias no especificadas si desobedecían. En especial, les ordenaron a Pedro y Juan que nunca más hablaran a nadie en «este nombre», es decir, el de Yeshúa. Por supuesto, Pedro y Juan no aceptarían tal cosa, y muy pronto volverían a ser arrestados, como veremos en el siguiente capítulo de Hechos. Pero su segundo arresto no les resultaría tan fácil, debido a la manera en que se administraba la ley judía en aquel tiempo.

En aquellos días, la ley judía consideraba que la ignorancia de la ley sí era una excusa válida. Decir «no sabía que estaba haciendo algo malo» o «desconocía la ley» generalmente se consideraba una defensa legítima. Esto también se refleja en la declaración anterior de Pedro, en Hechos 3:17, cuando dijo a la multitud:

17 «Ahora, hermanos, sé que ustedes no comprendían la importancia de lo que estaban haciendo; tampoco sus líderes.
18 Pero así fue como Dios cumplió lo que había anunciado de antemano cuando habló por medio de todos los profetas: que su Mesías debía morir.
19 Por tanto, arrepiéntanse y vuélvanse a Dios, para que sus pecados sean borrados».

Si el tribunal consideraba que el acusado decía la verdad y tenía motivos razonables para desconocer la ley o no comprender las consecuencias de sus actos, se le dejaba ir con una advertencia y se le instruía acerca de la ley. Como el público judío conocía bien este principio legal, Pedro les estaba diciendo que su ignorancia de lo que habían hecho SÍ constituía una defensa razonable. Sin embargo… ahora que comprendían lo que habían hecho y quién era el hombre al que habían conspirado para matar —Jesucristo—, debían purificar sus corazones y sus mentes y no volver a hacerlo, por decirlo así. Y solo podían hacerlo mediante el arrepentimiento.

En el caso de Pedro y Juan, no habían quebrantado ninguna ley. Sin embargo, el Sanedrín prácticamente creó una ley nueva al decirles que

ya no podían hablar de Yeshúa. Por eso, cuando una persona arrestada y puesta en libertad ya había sido informada de la ley, no podía volver a alegar ignorancia si la arrestaban otra vez por la misma infracción. Así que, debido a que el Sanedrín advirtió a Pedro que no volviera a sanar ni a hablar en el nombre de Yeshúa, cuando lo hicieron, fueron arrestados y se encontraron en problemas mucho más graves que la primera vez. Ahora la ley favorecía al Sanedrín, porque los acusados ya no desconocían la ley: la habían quebrantado deliberadamente.

En el versículo 23, Pedro y Juan fueron puestos en libertad e inmediatamente acudieron a sus hermanos creyentes para contarles lo ocurrido. Les relataron lo que les había pasado y, al escucharlo, los creyentes comenzaron a regocijarse y alabaron a Dios por su protección y liberación. Su oración comunitaria comenzó citando un pasaje del Salmo 146 y luego pasó a citar los versículos 1 y 2 del Salmo 2.

Leamos juntos el Salmo 2; así comprenderemos mejor lo que los creyentes tenían en mente cuando lo oraron al Padre.

LEER TODO EL SALMO 2

Este es, evidentemente, otro salmo mesiánico que habla de Yeshúa. Existe un principio de estudio hebreo llamado "pesher". La interpretación "pesher" de la Biblia consiste en aplicar los versículos bíblicos a los acontecimientos actuales; con frecuencia, los versículos que leemos son proféticos. Por tanto, hacemos una interpretación *pesher* cuando observamos acontecimientos profetizados en la Biblia e intentamos relacionarlos con lo que sucede a nuestro alrededor.

Quiero señalar una frase breve de este pasaje que, en mi opinión, no habla de la primera venida de Yeshúa, sino de la segunda. Las palabras se encuentran en el versículo 9: «Los quebrarás con una vara de hierro y los harás pedazos como una vasija de barro». En el libro de Apocalipsis encontramos, en el capítulo 2, una carta del Mesías a la Iglesia. En ella se nos dice cómo será gobernado el Reino milenial, el Reino de Dios en la tierra, con Cristo como nuestro Rey.

Apocalipsis 2:26-27 CJB
26 A quien salga victorioso y haga lo que yo quiero hasta el final, le daré autoridad sobre las naciones;

27 las gobernará con una vara de hierro y las hará pedazos como vasijas de barro.

Así que aquí tenemos una conexión directa entre el Salmo 2 y Apocalipsis 2. Lo que fue profetizado en el Salmo 2 sucederá en Apocalipsis 2. Beda tenía toda la razón: la Roca que es la piedra angular conecta dos muros, el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Terminaremos el capítulo 4 la próxima semana.